

RESEÑAS

**LA PROMESA DE LA
FELICIDAD. UNA CRÍTICA CULTURAL AL
IMPERATIVO DE LA ALEGRÍA**

DE SARA AHMED

BUENOS AIRES, CAJA NEGRA, 2019

Lucía Vera Cytryn

**Universidad Nacional de Buenos Aires - Universidad Nacional de Tres de
Febrero**

Licenciada en Letras (UBA) y Maestranda en Estudios y Políticas de Género (Untref). Trabaja hace cinco años como investigadora en el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno y es docente de Metodología de Estudio en el Curso Introdutorio de Untref Virtual.

Contacto: lucia.cytryn@gmail.com

Un mundo feliz

Incontables análisis, estudios y filosofías trabajan y han trabajado en busca de una definición de felicidad; el sentimiento resultó tan inasible que lo único que consiguieron fue encorsetar y demarcar aquellos objetos cuyo deber o naturaleza evidente sería la de “hacer feliz”. Las personas casadas son más felices; las personas con hijos son más felices; las personas que salen a caminar al parque son más felices; etc. De aquí se seguiría que la familia, el matrimonio y el contacto con la naturaleza son, en su correcta dinámica, algo feliz. La felicidad parece desprenderse de ciertos objetos que insisten en ser imaginados como “felices” y circulan, entonces, como tales. La repetición y el hábito establecen las correspondencias entre objetos y afectos, y producen así lo que Sara Ahmed denomina la “vida afectiva de los objetos”, que los transforma a su vez en una “causa-de-sensación” (AHMED, 2019: 71). El objeto, entonces, guarda la capacidad de estimular la sensación que esperamos de él; una sensación que precisamente confirme nuestra expectativa y demuestre su autenticidad. Tener un marido me hará feliz. Tener un perro me hará feliz. Irme de viaje me hará feliz. Y así. Los objetos felices circulan, por lo mismo, como bienes sociales; si la felicidad es una expectativa (*la* expectativa por excelencia) los objetos a los que atribuimos felicidad se convierten en objetos deseables. La felicidad, en todo caso, es la promesa que nos orienta hacia ellos. Pero, ¿es tan buena la felicidad? Este es uno de los puntos principales del trabajo de Sara Ahmed, que inscribe su aporte en el denominado “giro afectivo”, un campo del pensamiento filosófico que en las últimas décadas se propuso indagar en torno a las dimensiones políticas de los afectos y las emociones.¹

¿Cómo se distribuyen los objetos felices? Los “regímenes globales de producción de lo sensible” actúan, dice Nicolás Cuello, de manera “geopolíticamente situada”. Ahmed “centra su atención en el funcionamiento de las *economías afectivas*, es decir, en el tráfico emocional que regula la relación con nuestro entorno”: los objetos felices no sólo se distribuyen de forma desigual sino que se construyen ellos mismos sobre valores de clase (AHMED, 2019: 14). La felicidad aparece, entonces, como una forma de sociabilidad basada en el deseo por los mismos objetos: los objetos correctos, los *verdaderos* objetos felices. Por otra parte, toda vez que los haya felices los habrá, cómo no, infelices. Los afectos positivos y negativos se vinculan a determinados objetos y a determinados cuerpos: un ejemplo fundamental es el de la familia, que se reproduce “por medio de esta distribución afectiva entre las cosas” (AHMED, 2019: 99). ¿Qué sucede

¹ Según explica Cecilia Macón, “el giro afectivo [...] intenta desplegar una perspectiva sobre el papel de los afectos en la vida pública cuestionando ciertos esquemas establecidos”.

cuando se produce una discontinuidad entre la expectativa afectiva de un objeto y el afecto que efectivamente suscita? Si la familia es el objeto feliz por excelencia, porque se constituye de y constituye ella misma múltiples objetos felices que sus integrantes habrán de reproducir y (literalmente) pasar de mano en mano, ¿qué hay de quienes incumplen su parte del contrato social de la felicidad? Ahmed llama “extrañas al afecto” a aquellas personas que se desvían del camino hacia los objetos felices, convirtiendo “en malos los buenos sentimientos”. Las feministas aguafiestas, lxs queers infelices y los inmigrantes melancólicos constituyen el “archivo de la infelicidad” que la autora utiliza para explicar la tendencia que tiene el mecanismo de la felicidad a disponer de unos cuerpos y hacer extraños otros.

El cuerpo feminista es extraño a la felicidad en tanto cuestiona el carácter deseable de los objetos felices en general y de la familia en particular. Cuando señala los mecanismos de poder que subyacen a su dinámica, la feminista tiende a arruinar la fiesta porque revela el carácter negador que aquella necesariamente oculta: luego, los valores del sentido común hacen el sutil trabajo de explicarnos que son las feministas las infelices, las equivocadas. Esposas frías, gordas rencorosas, feas vengativas, lesbianas frustradas. Las feministas están mal, la familia está bien. Sin embargo, Ahmed advierte que la “mujer problemática” que causa irritación al denunciar algo en su entorno es una figura que también le cabe al feminismo norteamericano: las mujeres negras supieron arruinarle la fiesta al feminismo blanco liberal. Decía que la familia aparece como un objeto central alrededor del cual se organizan los demás objetos felices, y que las feministas vuelven extraños los afectos que normalmente rodean a dichos objetos. Pues bien, cuando las mujeres blancas se emancipan de la dinámica familiar, las mujeres negras ocupan el lugar vacante del trabajo doméstico. Este fue, al momento de su irrupción, el punto central de la crítica negra al feminismo blanco, un cuestionamiento incómodo que lo puso en el lugar de la equivocación o de la negación; Ahmed advierte, así, que los feminismos no están exentos de las lógicas afectivas que vuelven negativo, tensionante o violento a un cuerpo. Este señalamiento no es menor y resulta un punto fundamental para pensar la potencia política de la incomodidad y de la infelicidad.

En todo caso, desviarse del camino hacia los objetos felices puede ser causa de infelicidad para la persona desviada, pero también para quienes le rodean. Si el objeto feliz que constituye la familia habrá de ser reproducida por todas las partes que la componen, la fuga de la heterosexualidad es, necesariamente, un desvío. La figura del hijo o el amante queer aparece, en términos de Ahmed, como deudora de un “fracaso afectivo” (Ahmed, 2019: 197); por eso, incluso cuando lxs queers consigan vivir “felizmente” en ausencia de la promesa de la felicidad, nunca podrán “eludir las consecuencias de ser una causa-

de-infelicidad para otras personas” (AHMED, 2019: 239). Finalmente, Ahmed analiza la relación entre felicidad, ciudadanía y nacionalidad en el imperialismo, donde el proyecto colonial aparece como “una forma de entrenamiento moral o habituación” que formaría parte de la promesa de la felicidad. La integración colonial como forma de des–extranjerización se vuelve, por lo mismo, un camino hacia un modo de vida feliz: un modo de vida no abyecto, incluso un modo de vida oficial o verdadera (AHMED, 2019: 267). Si la felicidad nacional depende del saber de adaptación de los inmigrantes, recae sobre ellos una forma de felicidad por obligación mucho más cruenta, que implica, por ejemplo, olvidar las diversas formas de violencia racista sufridas. En cualquier caso, el libro de Sara Ahmed es un aporte fundamental para pensar los riesgos y exigencias de nuestro mundo feliz y los efectos normalizantes (moralizantes) del afecto “positivo”.

Bibliografía:

Macón, Cecilia. “*Sentimos ergo sumus*: el surgimiento del ‘giro afectivo’ y su impacto sobre la filosofía política”. En *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, vol. II, No 6, 2013, pp. 1-32.